

último tramo de la escalera, y por algunos instantes reinó un gran silencio.

De pronto percibió confuso rumor de voces, cuyas pa-

## CAPÍTULO VI

### ¿DÓNDE ESTARÁ?

En efecto, aquella noche la casa en que Luis vivía sufrió un minucioso registro, que empezó en la portería y acabó en las buhardillas. Uno por uno fueron registrados todos los cuartos, por disposición de la autoridad militar y por medio de agentes militares.

Cada vecino tomó el caso según su humor ó su carácter; unos murmuraban, otros se sonreían, y todos mostraban en el semblante la expresión más ó menos viva de la curiosidad y de la sorpresa.

La madre de Luis recibió esta visita, no sin sobresalto, y dejó registrar todas las habitaciones con digna y seria indiferencia. Más inquieta se sintió cuando supo que las pesquisas se extendían á todos los cuartos de la casa; con oído atento y ánimo suspenso siguió á los agentes de la autoridad, que del piso principal pasaron al segundo, del segundo al tercero, y del tercero al sotabanco, subiendo hasta los últimos términos del edificio, desde donde inspeccionaron los tejados por los tragaluces de las buhardillas.

Pegada á la puerta que daba á la escalera, con el ventanillo abierto para oír mejor, esperaba con impaciente ansiedad el curso de aquellas exploraciones silenciosas; el ruido de los pasos que resonaba sobre su cabeza le iba marcando sucesivamente el itinerario de los que las llevaban á cabo. El ruido de los pasos llegó á extinguirse en el



Del piso principal pasaron al segundo, del segundo al tercero...

labras no podía distinguir, y volvieron á resonar los tacones de las botas sobre las gradas de la escalera.

Los exploradores bajaban lentamente, dejando en pos de sí las miradas curiosas de los vecinos, que se asomaban á las puertas, deseosos de saber el éxito de semejantes pesquisas.



La madre de Luis permanecía inmóvil junto á la puerta, conteniendo con la presión de sus manos los tumultuosos latidos de su corazón. Temía que aparecieran delante de sus ojos, y sin embargo, lanzaba miradas impacientes al través de la plancha enrejada del ventanillo. Quería encontrar en la reposada lentitud con que bajaban un rayo de esperanza, y al mismo tiempo aquellos pasos acompañados que se acercaban, haciendo crujir la escalera, llenaban su ánimo de invencibles terrores.

Llegaron al fin al tramo del piso principal, y la madre de Luis los vió pasar, y respiró. No habían encontrado lo que buscaban, habían sido inútiles las pesquisas; el coronel Montero se había evaporado.

Cuando Moncada, que esperaba en la calle el resultado de la exploración, supo el mal éxito de la empresa, frunció el entrecejo, movió la cabeza, y dijo para sus adentros:

— Imposible. No ha podido evadirse por ninguna parte. Estoy seguro de la vigilancia con que se ha guardado la puerta; por ella no ha salido; por las buhardillas no tiene escape. Los balcones que dan al jardín de la casa contigua están á una altura respetable. No se salta de un piso principal con entresuelo á ningún jardín del mundo, sin la seguridad de romperse una pierna. Además, y esto es concluyente, los he vigilado yo mismo durante el registro hecho en la casa; luego el terrible coronel está dentro, luego los encargados de cumplir la orden de su prisión son unos imbéciles ó unos traidores... Si yo hubiera dirigido el registro, ya estaría en poder de los tribunales; mas no conviene dar la cara en esta clase de negocios. Si es habido será fusilado..., pero ¿y si no le fusilan?... Entonces, pobre de mí; Montero es muy mal enemigo, y á mí me gusta estar bien con todo el mundo, porque es preciso vivir.

Meditando de esta manera, se echaba el sombrero hacia atrás y se rascaba la frente.

— Bueno — añadió después; — es un golpe en vago, perances del oficio; no hay que desesperarse... Filosofía, esto es, sobre todo filosofía. Persistiré en mi secreta vigilancia, y rueda la bola. Muy difícil le va á ser al pájaro escaparse de la jaula en que está encerrado.

Al llegar aquí miró á lo largo de la calle, y dando media vuelta se entró en el primer portal que encontró al paso, huyendo de confrontarse con Luis, que acudía presuroso, sin duda alguna sabedor de lo que acababa de suceder en su casa.

La portera se hallaba al pie de la escalera comentando el suceso y enterando á algunos curiosos de lo ocurrido, cuando Luis llegó, y deteniéndose delante de la portera, le preguntó con fingida sonrisa y verdadera ansia:

— ¿Qué ha pasado aquí?

— Nada — contestó la portera; — en resumen, nada; que nos han registrado de arriba abajo... Como si esta casa fuera una cueva de ladrones.

— Y bien, ¿qué?... — volvió á preguntar Luis.

— Pues... eso — contestó de nuevo la portera. — Cuarto por cuarto, habitación por habitación, desván por desván..., en todas partes han metido la cabeza. Y eran cuatro..., cuatro, y uno que los dirigía..., los he contado yo con estos ojos que se ha de comer la tierra.

— ¿A quién buscaban? — insistió Luis preguntando.

— Al rey que rabió..., porque ellos después de dar una vuelta en redondo, se han tenido que ir más serios que una esquina y con tres palmos de narices.

Luis no quiso saber más, y subiendo precipitadamente la escalera, entró en su casa.

Su madre le esperaba, y ella misma le abrió la puerta antes que llamara, porque lo había conocido en los pasos.



— Sé — dijo Luis — que hemos sufrido un registro escrupuloso.

— Escrupulosísimo — añadió la madre, — en todas las habitaciones de la casa; cuarto por cuarto, desde el sótano á las buhardillas. He creído que lo cogían, pero nada. Y él debe estar dentro de la casa.

— Sin duda — añadió Luis asombrado. — No ha podido escaparse. Desde que el tunante del comisario nos hizo su alevosa visita, hemos tenido guardia de honor en la puerta; por consiguiente, no ha podido salir sin caer en sus manos... ¿Y adónde había de ir con la cabeza liada y en mangas de camisa, pues la bata se la dejó encima de la cama, y en el ropero están sus polainas, sus pantalones y su americana?...; sombrero no tiene, y no falta ninguno de los míos. ¿Dice usted que cuando supo que el comisario de policía me buscaba se entró en la alcoba?

— Eso es..., se entró en la alcoba, y desde ese momento no se le encuentra por ninguna parte; ó se lo ha tragado la tierra, ó se lo ha llevado el aire.

— Por arriba tal vez....

— Es imposible, hijo mío; los tejados de esta casa no se comunican con los de las casas vecinas, y las gentes que habitan las buhardillas lo habrían visto, y figúrate...

— Sin duda ha encontrado asilo en alguno de los cuartos de la casa. Huyendo de ser reconocido por Moncada, saldría de la alcoba, daría la vuelta al pasillo y tomaría la escalera, refugiándose en el cuarto segundo... ó en el cuarto tercero... ó en el sotabanco...

La señora movió su noble cabeza en señal de incredulidad, y replicó diciendo:

— Si así fuese, lo sabríamos, porque supongo que no se escondería de nosotros; ya nos lo hubiera advertido de algún modo, aunque no fuera más que por no tenernos en la inquietud en que estamos. Además, lo hubieran cogido,

pues ya sabes que han registrado toda la casa. Pero hay más. Para tomar la escalera, como tú dices, ha tenido que salir por la puerta, y es el caso que Eusebio no se ha movido del recibimiento en todo ese tiempo, y no ha visto salir á nadie.

A Luis le parecieron tan concluyentes las observaciones de su madre, que exclamó con repentino convencimiento:

— Entonces..., no hay remedio..., está en casa.

— ¿Y en dónde?... — preguntó la madre. — ¿No lo hemos buscado inútilmente por todos los rincones?... ¿Dónde podría estar oculto que no lo hubieran encontrado los que han venido á prenderle?... No, hijo mío, no está en casa.

— Es singular esto — dijo Luis.

— Yo — añadió la madre — no acierto á explicarme esta desaparición incomprensible.

— Si hubiera pozo en esta casa, creería que se había arrojado en él de cabeza; pero ni siquiera esa salida ha tenido, y sin embargo, no parece ni muerto ni vivo. ¡Dónde estará este hombre!..

La señora bajó los ojos, no teniendo nada que replicar á las palabras de su hijo, y ambos permanecieron silenciosos, llenos de confusión y de asombro.

El caso no era para menos, la confusión de la madre y del hijo estaba justificada. No había podido escaparse, á lo menos sin dejar algún rastro de su evasión, alguna señal de su fuga, algún indicio de su huída; y sin embargo, en la casa no se le encuentra. Entra en la alcoba, y en ella desaparece; allí se evapora como un espíritu, se disipa como una sombra. Allí está la bata recostada sobre la cama, dejando ver sus mangas huecas y su cuello vacío; parece que se encoge de hombros, como si quisiera decir que no sabe nada.

¿Dónde se ha metido el coronel Montero, que con igual tenacidad y con el mismo misterio burla las activas pesqui-



sas de los enemigos que lo persiguen, y la solicitud cariñosa de los amigos que lo amparan? Si no ha recibido de repente, por un privilegio especialísimo, el don singular de poseer alas, ó el no menos raro de hacerse invisible á los ojos mortales, ¿cómo ha podido escapar, ó cómo puede ocultarse?

¿Pudo huir?.. ¿Cómo?

¿Permanece oculto en la misma casa en que se escondía?.. ¿Dónde?

Tales eran los términos precisos del problema que la madre y el hijo se encontraban planteado, sin que vieran manera alguna de resolverlo. Llamaban obstinadamente á una puerta que, más obstinada todavía, se negaba á abrirse. Sentían por una parte la viva curiosidad que forzosamente había de despertar en ellos tan singular y misterioso suceso, y agitaba sus ánimos el interés que les inspiraba la suerte de aquel hombre, á quien la madre quería como á un hijo y á quien el hijo quería como á un hermano.

Se ve, pues, que tenían sobrado motivo para devanarse los sesos en inútiles conjeturas y para alarmarse y afligirse con tristes suposiciones. Es verdad que por de pronto Montero había escapado del peligro de caer en manos de sus perseguidores; pero ¿quién sabe los riesgos á que se hallaría expuesto en aquellos instantes? ¿Qué sería de él?.. ¿Dónde se hallaría?.. Convaleciente aún de la terrible herida, medio desnudo y probablemente hambriento, puesto que había desaparecido antes de comer, eran circunstancias que hacían más grave la situación en que debía encontrarse. Pensaban todo esto con el dolor de no poder socorrerlo.

Ni la madre ni el hijo habían comido, y si se sentaron á la mesa fué para acompañar al músico, que debía comer con ellos; esfuerzo casi inútil, porque el pobre maestro,

participando de las mismas inquietudes, apenas probó bocado. La noche que se presentaba no debía ser menos inquieta; la madre y el hijo acabarían al fin por acostarse, pero de seguro ninguno de los dos pegaría los ojos, dando cada uno en su imaginación vueltas y más vueltas á tan extraordinario acontecimiento.

De repente Luis hizo un movimiento que indicaba la sorpresa que uno mismo se causa cuando tropieza con la clave del enigma que pretende descifrar. Su madre lo miró atentamente, preguntándole:

— ¿Qué te ocurre?..

— Me ocurre — contestó — que Montero es capaz de todo.

— Sin duda alguna es audaz — añadió la madre, — pero...

— Espere usted. La fortuna ayuda á los audaces, dice un proverbio latino.

— Hay otro en castellano mucho más sabio y de origen divino, que dice: el que ama el peligro en él perece.

— Es verdad; mas en el caso en que nos encontramos hay que convenir en que Montero no buscaba el peligro, sino que era el peligro de lo que huía, probablemente por la primera vez de su vida. Pues bien: lo creo muy capaz de haberse arrojado al jardín desde el balcón de la alcoba.

— ¡Luis! — exclamó la madre.

— Sí, señora; la altura es grande y el salto mortal: convengo en que de ciento que lo intentaran noventa y nueve se romperían las piernas; pero quizá él no se ha roto ninguna. En tal caso, por la casa inmediata ha podido evadirse.

— No lo creo — replicó la señora; — lo hubieran visto. Siempre están en la portería el cochero ó el lacayo ó los mozos de cuadra; el portero es una especie de cancerbero, que le habría cerrado el paso. Ya ves tú, su traje y su aspecto eran más bien para inspirar sospechas que confianza.



— Convengo en que la dificultad que usted me presenta es atendible, y sin embargo, insisto; él se ha tirado por el balcón, pero no ha salido de la casa.

— Explícate.

— Mire usted, una vez en el jardín y viendo la imposibilidad de ganar la calle, habrá buscado algún sitio donde esconderse; por ejemplo, en la perrera que vemos desde nuestros balcones, que está deshabitada desde que se murió aquel famoso inquilino que se pasaba las noches ladrando. Allí oculto, y casi seguro de no ser sorprendido, espera las altas horas de la noche, para volver por el mismo camino.

— Es posible, Luis, es posible — dijo la madre.

— Yo — añadió él — no le encuentro otra salida.

— Pero bien — continuó ella. — Montero ha podido saltar desde el balcón y caer en el jardín sin lesión ninguna, esconderse sin ser visto y esperar las altas horas de la noche; mas, hijo mío, no es lo mismo bajar que subir.

— Espere usted un momento... Vuelvo al instante.

Diciendo esto, salió apresuradamente de la sala donde se hallaban. Volvió á los pocos minutos, trayendo en las manos un cordel de cáñamo, bastante fuerte para sostener el peso de un hombre.

— Aquí tiene usted — dijo — mi respuesta; este cordel le servirá para subir, yo lo esperaré detrás de la persiana.

— Vamos, vamos — añadió la señora, — ya debe ser tarde.

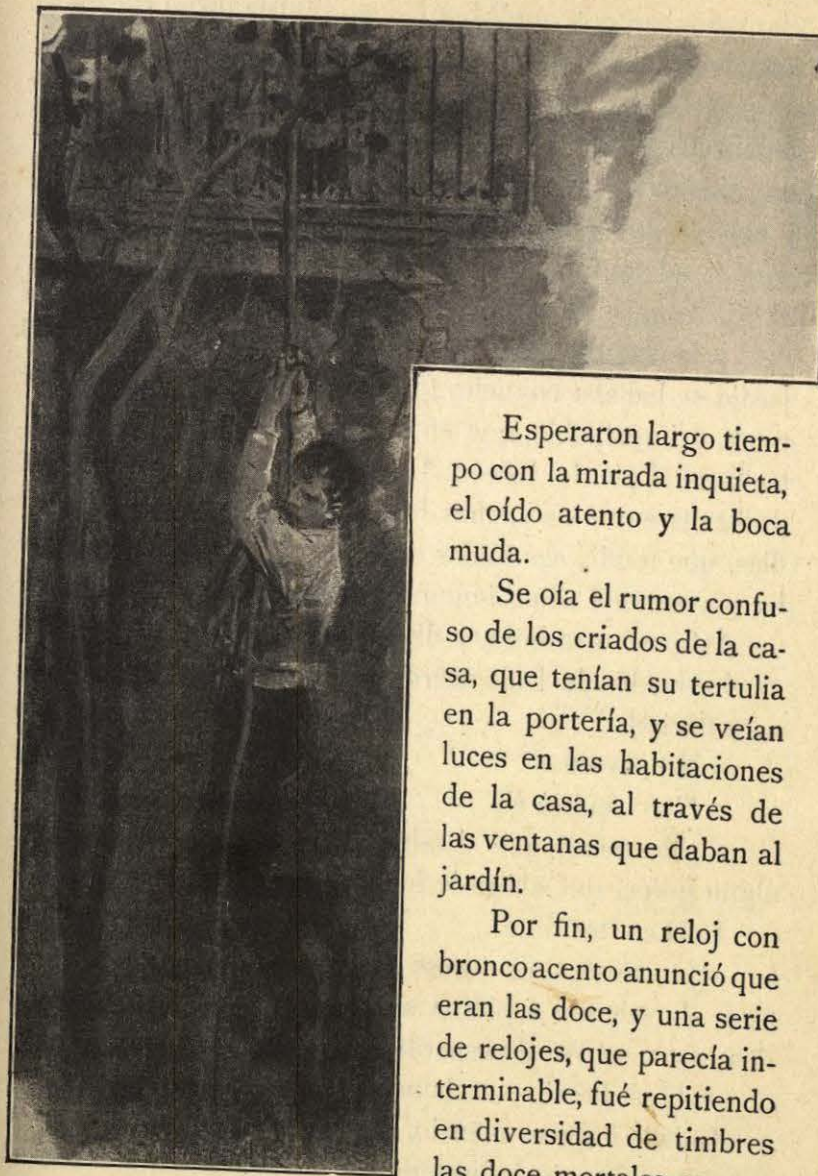
Los dos entraron en el gabinete y pasaron á la alcoba, colocándose en el hueco del balcón y sondeando el jardín con los ojos, por debajo de la persiana.

— Será preciso — advirtió Luis en voz que sólo su madre podía oír — hacerle comprender que lo esperamos.

— ¿Y cómo? — preguntó la señora.

— Tosa usted de manera que él lo oiga.

La señora tosió con esa tos que todas las mujeres conocen, y que quiere decir: «Aquí estoy yo.»



Comenzó Luis á escurrirse por el cordel

Esperaron largo tiempo con la mirada inquieta, el oído atento y la boca muda.

Se oía el rumor confuso de los criados de la casa, que tenían su tertulia en la portería, y se veían luces en las habitaciones de la casa, al través de las ventanas que daban al jardín.

Por fin, un reloj con bronco acento anunció que eran las doce, y una serie de relojes, que parecía interminable, fué repitiendo en diversidad de timbres las doce mortales campanadas.

Poco á poco fueron extinguiéndose las luces que iluminaban las ventanas, cesó el rumor de voces y todo quedó en silencio.

Esperaban con inquietud, con ansia, pero sin impacien-



cia; contaban con que Montero no saldría de su escondite hasta estar seguro de que todo el mundo dormía.

Dió la una, hora solitaria y triste, y la madre de Luis volvió á toser más recatada, más misteriosamente, para que el coronel lo entendiera mejor. Esperaron en silencio, y más de una vez creyeron distinguir alguna sombra que parecía adelantarse hasta los pies del balcón; la madre y el hijo se oprimían mutuamente las manos, que tenían asidas, y la sombra se desvanecía. Las tinieblas en que el jardín se hallaba envuelto formaban una especie de oleaje mudo é impalpable, que en ondas silenciosas venía á estrellarse al pie del balcón. De vez en cuando el viento se deslizaba entre las anchas hojas de un castaño de las Indias, que tendía sus ramas en medio del jardín, y susurraba suavemente como imponiendo silencio.

Así pasó otra hora, y dieron las dos.

La madre de Luis acercó la boca al oído de su hijo, para decirle:

— No parece...

— No — repitió él.

— ¿No temes que al saltar por el balcón haya sufrido algún golpe, que ahora le impida salir de su escondite?

Luis contestó:

— Ó es eso, ó es que se ha dormido; es muy capaz de estar durmiendo á pierna suelta, y en cualquiera de los dos casos, en vez de esperarlo, hay que ir á buscarle.

— ¡Qué dices!.. — exclamó la madre sobresaltada.

Luis le impuso silencio, poniéndole el dedo en la boca, y en seguida sujetó fuertemente un extremo del cordel al hierro del balcón, apartó suavemente la persiana y saltó al otro lado. Tendió la señora los brazos para detenerle, pero se contuvo y cruzó las manos.

Comenzó Luis á escurrirse por el cordel, como el que baja á un pozo, y su madre lo vió llegar á tierra, soltar la

cuerda y sumergirse en la obscuridad..., hasta perderlo de vista.

Entonces se hincó de rodillas y llevó á la boca las manos cruzadas, oprimiendo con ellas los labios, sin duda para contener el grito de ansiedad que quería escaparse de su alma.